

hallarán algunas maneras para ello... En la carrera que anduviese puede cada uno biendecir: *Intellectum tibi dabo.*»

Y aquí pregunta Carmen Conde:

«¿Queda, con este chiste, transparente ya la cuestión? ¿Se burla el Arcipreste de sus lectores cuando aseguraba que escribía para que 'puedan mejor guardar de tantas maestrías como algunos usan por el loco amor'? Para algunos historiadores no quedan dudas cuando se fijan en la complacencia con que Juan Ruiz refiere muchas de sus propias aventuras y otros episodios como el de *Doña Endrina* y el de *Don Pitas Payas*, el gran papel que desempeña *Trotaconventos*, etc.»

Posteriormente nos relata romances arábigo-andaluces, deliciosos romances que nos traen el espíritu y el recuerdo de otras razas, aquellas que tanta influencia ejercieron en la nuestra. Su lectura es siempre grata y nos deja una impresión de frescura que el tiempo no ha podido marchitar.

Qué bellos los romances de los cuatro condes: Arnaldos, Sol, Olinos y Alarcos, relatados con conmovida ingenuidad. Más adelante, ya en el siglo xv, *Las crónicas*, más historia que literatura. De ellas comenta Carmen Conde:

«Los hechos de los hombres van siendo recogidos con mayor o menor imparcialidad, por aquellos otros cuya misión es la de retener el tiempo presente para ofrecérselo a sus sucesores en forma de tiempo pasado. Y a esto se llama Historia. Historia o crónica general de una época; e histórica, o crónica particular, de un personaje.»

Prolijo y materialmente imposible sería hablar de todos y de cada uno de los aspectos que de nuestra literatura se incluyen en las páginas de *Un pueblo que lucha y canta*. Se condensan en este libro cuatro siglos de las letras españolas. En él se agrupan, como en un haz de apretadas espigas, los valores más profundos y sustanciales de una buena parte de nuestra historia. Nos abre muchos de los caminos por donde el espíritu puede llegar hasta los preciados frutos del saber. Desde los *Cantares de Gesta* a las novelas de caballería, que tanto rurbaron a nuestro Don Quijote, encontramos en *Un pueblo que lucha y canta* todas las manifestaciones de nuestras primitivas letras, indestructibles cimientos de nuestra literatura actual.

Digamos, finalmente, que *Un pueblo que lucha y canta* es un libro de erudición, escrito con un lenguaje sencillo y elegante, sin falsas retóricas, sin deliberados preciosismos, que no harían sino entorpecer en el camino del interés que ha de despertar en los lectores. Un libro que debería llegar a las manos de todos para cumplir su propósito de ser guía espiritual y cultural, especialmente para aquellos a quienes va dirigido.

Sería digno de elogio el procurar hacerlo asequible con una edición más modesta y, por tanto, más al alcance de todos.

Carmen Conde ha realizado una gran labor al poner en manos de los jóvenes estos puntos de partida para salir en busca de nuestra literatura medieval, la literatura de nuestro pueblo, que es, a fin de cuentas, quien ha sabido crear esta inagotable fuente capaz de ofrecernos todavía las más puras y frescas aguas.—ANGELINA GATELL.

RAFAEL PÉREZ DE LA DEHESA: *Política y sociedad en el primer Unamuno: 1894-1904*. Edit. Ciencia Nueva, Madrid, 1966; 207 pp.

El primer Unamuno, al que alude el título, es el socialista, el colaborador de *La lucha de clases* bilbaína, miembro del Partido y propagandista personalísimo de los principios antiburgueses. Pérez de la Dehesa hace un buen estudio de la estructura política de la Restauración y de la posición de Unamuno ante ella, especialmente en los diez años finales del siglo, años en que la estructura jurídica nacional, fundada por Cánovas, empieza a experimentar la concurrencia de fuerzas más vigorosas y, sobre todo, reales.

Una de estas fuerzas era el Partido Socialista, fundado por Pablo Iglesias en 1879, y cuyo órgano oficial *El Socialista*, semanario, apareció en 1886. Este es también el año de la fundación de la Agrupación Socialista de Bilbao, en la que ingresaría Unamuno en 1894. Después de describir con palabra precisa la personalidad de Iglesias, la evolución del Partido y de su importante sección bilbaína, se plantea Pérez de la Dehesa el problema del socialismo de Unamuno. No parece fácil establecer la fecha exacta en que se inicia el pensamiento socialista unamuniano; por supuesto antes del 11 de octubre de 1894, fecha de la carta dirigida a Valentín Hernández, director de *La lucha de clases*, en la que se proclamaba marxista (esta carta, íntegra, fue publicada por Carlos Blanco Aguinaga en *Revista de Occidente*, número de agosto de 1966, pp. 167-169). Unamuno, que había comenzado como separatista vasco, se había ido poco a poco acercando al socialismo, en el que llegó a ver la única solución posible a los problemas del mundo. Parece ser que ya en 1892 hacía campaña socialista, o por lo menos así la llama Unamuno (carta a Múgica del 20-III-1892), y que por el tono de los artículos que Unamuno escribía por entonces en la prensa bilbaína, los redactores de *La lucha de clases* adivinaron que tenían un compañero en aquel joven catedrático.

Pero aun aceptando —por ser evidente— la adscripción de Unamuno al socialismo marxista, cabe preguntarse por el grado de ortodoxia de esta misma adscripción. Se impone, pues, el estudio de los artículos doctrinales de este período. Pero como la mayoría de los artículos de Unamuno en *La lucha de clases* fueron publicados sin firma, es necesaria una previa identificación, basada en datos sólidos. Pérez de la Dehesa atribuye a Unamuno 158 artículos «perfectamente conscientes de que este número representa, probablemente, poco más de la mitad de las colaboraciones de Unamuno» (p. 55).

Sin embargo, en algunas reseñas de *Política y sociedad en el primer Unamuno*, aparecidas hasta la fecha, se discute ese número. Fernández de la Mora citaba al efecto en *ABC* una carta de Unamuno a Pedro de Múgica de 22 de diciembre de 1895 (ya citada también por Blanco Aguinaga, con otro propósito, en *loc. cit.*). En ella se lee: «Yo no he escrito en *La lucha de clases* nada desde abril hasta principios de octubre.» Con ello no serían de Unamuno siete de los artículos que le atribuye Pérez de la Dehesa. Pero el efecto psicológico buscado por Fernández de la Mora —el de negar rigor a Pérez de la Dehesa, e indirectamente a la etapa socialista de Unamuno— se hubiese desvirtuado si en lugar de citar un párrafo aislado de su contexto hubiese insertado también lo que Unamuno escribe a continuación: «En cambio, desde principios de octubre, en estos seis o siete últimos números son míos todos los fondos, hago yo solo cerca de la mitad del periódico y a veces más» (*Cartas inéditas de Miguel de Unamuno*. Recopilación y prólogo de Sergio Fernández Larraín. Zig-Zag, Santiago de Chile, 1965-66, p. 237). Podrá haber duda en la atribución de siete artículos, pero en líneas generales estas cartas a Múgica confirman las posiciones de Pérez de la Dehesa. La publicación de esta correspondencia le permitirá, en una segunda edición de su libro, ampliar el número de las colaboraciones seguras de Unamuno.

Tres etapas observa Pérez de la Dehesa en el socialismo unamuniano, según la índole de las colaboraciones de *La lucha de clases*. En el primer período, de 1894 a 31 de octubre de 1896, prevalece la ortodoxia marxista, aunque no falte algún texto que parece anunciar la etapa siguiente. En ésta, iniciada con el artículo «Signo de vida», de 31 de octubre de 1896, el marxismo de Unamuno es francamente desviacionista, es un marxismo humanitario, religioso y —en su intención— antidogmático. El tercer período se inicia con el artículo «¡Fuera credos!», de 10 de abril de 1897, y coincide con el estallido de la crisis religiosa y, por tanto, con el fin de la época socialista de Unamuno; aunque siguió colaborando en la prensa proletaria, y en sus escritos posteriores puede apreciarse la perduración de elementos marxistas.

Tiene razón Pérez de la Dehesa cuando observa que no hay contradicción entre socialismo y religiosidad en Unamuno. Lo que Zubizarreta llamó «humanismo ateo», que no es otra cosa que el socialismo, fue auténticamente una preparación a la especial religiosidad de don Miguel. Si esto es así, si el amor por los humildes y los desheredados y el asco por la sociedad burguesa se transmutó en amor divino (amor *para* que Dios exista) y en ansias de inmortalidad personal, en espíritu agónico, en solidaridad—él delante—con todos los humanos; si la religiosidad de Unamuno puede ser entendida como un socialismo a lo divino en el que el yo personal se ha hipertrofiado, ¿qué valor dar a la primera etapa, rigurosamente marxista, de Unamuno?

A juzgar por los textos publicados y por las referencias que tenemos de los que permanecen inaccesibles—Pérez de la Dehesa hace un utilísimo resumen de todos los artículos—, Unamuno fue conscientemente marxista; él mismo se creyó y los demás le creyeron marxista. Pero acaso durante esos dos años de ortodoxia había ya en Unamuno semillas de su apartamiento posterior: intelectualismo, contradicciones íntimas, vanidoso afán de sobresalir, de figurar y de que los demás jaleen su propio nombre; y también un afán, más noble, de ejercer un magisterio intelectual sobre el pueblo español.

Pérez de la Dehesa estudia también las colaboraciones de Unamuno en revistas socialistas alemanas y en publicaciones anarquistas. En *Der Sozialistische Akademiker* y en *Sozialistische Monatshefte* publicó Unamuno varios ensayos sobre problemas españoles de carácter general y sobre problemas del socialismo español. No fue don Miguel el único colaborador español de estas revistas. Convendría hacer un estudio de todas las colaboraciones españolas para ver qué clase de influencias mutuas y de relaciones intelectuales mantenían entre sí sus autores. En cuanto a la colaboración en revistas anarquistas, era también fenómeno del momento, común a muchos escritores, que alternaban sus envíos a publicaciones socialistas y anarquistas. Cuando Unamuno se apartó del socialismo no fue para hacerse anarquista, aunque siempre mostró cierta debilidad sentimental por un movimiento al que consideraba profundamente religioso y muy español.

Pérez de la Dehesa dedica un capítulo a estudiar las influencias que nutrieron el pensamiento político y social de Unamuno hasta 1900: Hegel, Spencer, Achille Loria, Henry George, Francesco Nitti, Kells Ingram, Giner de los Ríos y los krausistas en general, y dentro de ellos, con muy especial significación, Joaquín Costa. Quizá convendría haber dedicado un parágrafo a Dorado Montero, compañero de Unamuno en la Universidad de Salamanca y también de tendencias socialistas. Cuando Pablo Iglesias, a finales de 1894, sugirió a Unamuno que organizase

un grupo socialista en Salamanca, le indicó que los únicos suscriptores de *El Socialista* en la ciudad eran él y Dorado Montero (p. 65).

Estudia a continuación Pérez de la Dehesa las ideas políticas y sociales de Unamuno hasta 1900: fracaso del liberalismo español, necesidad de un mejor conocimiento de España —en el sentido costista—, entronque del regionalismo con su concepción hegeliano-marxista de la historia universal, interés por los problemas económicos, por los de campo en primer lugar; por el colectivismo agrario como programa a desarrollar, y por las organizaciones obreras; participación en las campañas contra las guerras coloniales; simpatía por el carlismo popular, «socialista», no por el teocrático; visión crítica del regeneracionismo, pero desprecio por los enemigos «feudales» del mismo movimiento, con el que en cierta manera colaboró.

En 1900-1901 se opera un cambio en sus ideas, derivado de la crisis de 1897, que le lleva a dudar del pueblo español y a pensar para sí mismo una función rectora a la vez que pedagógica, al centralismo y al socialismo de matiz nacionalista. Concibe la libertad como ley interiorizada, de raigambre krausista, lo que le lleva a unirla al concepto de cultura, al mismo tiempo que se incluye entre los europeos de España, cuya misión es imponerse a las kábilas (p. 140). Iniciaba así, no obstante sus buenas intenciones, una peligrosa dicotomía, que no haría más que agravarse cuando otros intelectuales se apoderasen de ella.

Después de 1899 vuelve Unamuno a colaborar en la prensa socialista y anarquista. Pérez de la Dehesa estudia la influencia que sobre él ejercieron en los años finales del siglo Carlyle, Ruskin y William Morris. Acaso en contacto con el fecundo utopismo de éste se desarrolló lo mejor del Unamuno posterior, la capacidad de ensoñación.

Rafael Pérez de la Dehesa termina su libro con un lúcido análisis de *Paz en la guerra* (1897), la gran novela que representa el sedimento estético de las intensas preocupaciones de estos años: novela de la que diría en 1923, en el prólogo a la segunda edición: «Aquí, en este libro —que es el que fui—, encerré más de doce años de trabajo; aquí recogí la flor y el fruto de mi experiencia de niñez y de mocedad; aquí está el eco, y acaso el perfume, de los más hondos recuerdos de mi vida y de la vida del pueblo en que nací y me crié; aquí está la revelación que me fue la historia y con ella el arte» (*Op. cit.* II, 15).

Y con estas palabras unamunianas quiero terminar mi comentario al libro de Pérez de la Dehesa. Libro que no sólo nos da un Unamuno nuevo, al revelarnos y acercarnos a sus orígenes, sino que nos ayuda a comprender la atormentada y esperanzada España finisecular.—

ALBERTO GIL NOVALES.